

## LA HERIDA DEL FRANCO



Francesas, franceses...  
la vida es lucha.

De Gaulle ha tenido un gesto de Josué: detener el sol declinante que es el franco. Es un gesto teatral. Como espectáculo, es bueno: este anciano que se alza, solo, contra los terribles cónclaves dinerarios de Basilea y de Bonn para mantener un girón de prestigio. Elige el camino de la aventura. No devalúa su moneda, la sostiene. Las aventuras se caracterizan porque tienen más riesgos que posibilidades. Los economistas son escépticos. El gesto del general será válido si las medidas que le han de acompañar —de austeridad, de contención, de severidad— lo completan. Técnicamente, esas medidas equivaldrían a una desvalorización invisible, lo cual podría empañar el gesto aventurero. El gesto corresponde, más que a una realidad, a una psicología. La del general es la de resistencia, inmovilismo, tenacidad. Un carácter roqueño. Pero...

La herida de Francia se ha vuelto a abrir. Sangra dinero. Se le va, se le ha ido por las fronteras, buscando mejores climas económicos: Alemania Federal, Suiza. Se le va en gastos de Estado: el déficit presupuestario crece, y el franco pierde valor. Esta vez la lanzada viene de la derecha. Se dice en París, y se extiende la idea, que se están «pagando las cuentas de mayo». De Gaulle ha dado también esta explicación. En mayo fue la huelga general, estimulada y abierta por la rebelión estudiantil. Para apagar la huelga se aumentaron los salarios, los beneficios sociales, las condiciones de trabajo. Es posible que sea ello, en parte, lo que pese ahora sobre la economía francesa. Arrojar la culpabilidad sobre los diez millones de huelguistas de mayo es fácil, pero es injusto y no ayuda a la comprensión del problema. No es fácil olvidar que los huelguistas no querían aceptar las subidas de salarios conseguidas apresuradamente por los sindicatos mediante lo que se llamó «los acuerdos de Grenelle» y que explicaron sensatamente su razón para ello: el alza de salarios suponía automáticamente el alza de precios; esto es, la inflación y la pérdida de peso específico de la moneda, lo cual, inevitablemente, contribuye a la pauperización de las clases modestas. Los sindicatos oficiales se apresuraron al pacto para enjugar una huelga que se les iba de las manos, las clases patronales lo aceptaron como mal menor. Pero no hay que olvidar que lo que apagó realmente esa huelga no fue el pacto, sino la represión y la amenaza de los tanques. La huelga, en sí, no era más que un síntoma. El síntoma de que la economía francesa estaba desequilibrada, estaba enferma. Lo que proponían, lo que pretendían, era una ruptura de todo el sistema y una base nueva que debía consistir en la reforma total de la empresa y de la producción. Lo que se paga ahora no es la cuenta de mayo. Es la cuenta del gaullismo como demagogia. La huelga no era más que una denuncia y un intento de reforma. El gaullismo es una vieja ilusión basada en la lírica y en la metafísica del patriotismo. Es el revestimiento suntuoso de gran potencia cuando el contenido actual del hexágono geográfico francés ya no lo permite.

Para apagar por la fuerza las huelgas y las revueltas de mayo, el general De Gaulle reunió en torno suyo los grupos de la derecha y del dinero. Se llamó a aquella coalición, a aquella refundición del partido gobernante, el partido del miedo. El

partido del miedo comenzó a sentirse inmediata y sutilmente traicionado. El licenciamiento de Pompidou fue el primer síntoma. Inmediatamente después de ganadas las elecciones, y ha seguido viendo con horror que el camino medio de las reformas interiores cruzaba sus intereses. Ha visto que ciertos sacrificios —que, en realidad, no han sido más que ciertas concesiones— no han apagado la ola de mayo y que las reivindicaciones masivas están a la puerta. Ha sucedido, efectivamente, lo que calculaban los huelguistas: la espiral de la inflación comenzaba ya a hacer inútiles las supuestas conquistas sindicales. El partido del miedo ha reaccionado con la fuga de capitales, atraídos por la riqueza especulativa del marco, manejada como un golpe bajo de Alemania Federal contra Francia. El patriotismo cuenta para colgar enormes banderas tricolores, para cantar himnos en la tumba del soldado desconocido y para pedir a gritos la represión contra quienes están «manejados del extranjero» o tienen «consignas antifrancesas». Es un acto de propaganda. Pero no cuenta a la hora de llenar un maletín con billetes, con joyas o con oro y pasar apresuradamente la frontera en busca de otra moneda mejor. Entonces sólo cuenta la desconfianza y el miedo. La lanzada derechista en el costado de Francia ha costado más que las huelgas de mayo. Aunque haya sido menos espectacular.

La pérdida de confianza en el franco no es sólo un fenómeno interior. Es una acción exterior. Francia ha desafiado el dólar, y el dólar ha respondido como ha podido. Y no es sólo una acción económica, sino también política. Las pequeñas veleidades independentistas que tuvo la Gran Bretaña fueron rápidamente apagadas por la satelización económica norteamericana. Las grandes veleidades independentistas de Francia están siendo apagadas por el marco y por el dólar. Francia ha comenzado a ceder. Su posición matizada en las recientes reuniones de la OTAN en Bruselas, su aproximación a Estados Unidos y al organismo político-militar atlántico era ya una debilidad. Ciertos movimientos militares franceses parecen indicar un paso atrás en su abstención de colaborar con la OTAN, especialmente en sus actividades mediterráneas. Es, probablemente, una manera de salir de su aislamiento.

Es también, quizá, un intento de no dejar que Alemania Federal se convierta en la cabeza visible de la OTAN. Por su diplomacia y por su dinero. La diplomacia de Kiesinger ha recibido un extraordinario refuerzo con la crisis de Checoslovaquia, entre las naciones y los grupos partidarios de la creación de una barrera de fuerza. Su dinero es una inmensa fuerza de atracción. La negativa de reevaluar el marco, de aumentar su valor con respecto al dólar y al oro, es más una medida política que económica, y aun desde el punto de vista puramente económico ofrece ciertos peligros de orden interior. La especulación ha servido durante algún tiempo como una bomba neumática que ha absorbido las vacilantes y enfermas riquezas de Francia. La intención es la de dar a Alemania Federal un nuevo peso, una nueva influencia en los asuntos económicos, políticos y militares de Europa. Ello quiere decir que el nivel del peligro ha aumentado en Europa durante este último fin de semana.

Se había temido mucho en Francia que el mes de octubre, la «rentrée», trajera nuevas olas de agitación social, como continuación del mes de mayo. No fue así en octubre, y no ha sido tampoco así en noviembre. El burgués se felicitaba de lo que consideraba una estabilidad. Pero la estabilidad se ha roto, y es posible que la contención de la agitación social haya cedido y que los movimientos de reivindicación comiencen en el momento en que se empiece a advertir la consecuencia para «el hombre de la calle» de la crisis económica.

Los comentaristas más trascendentales van incluso a suponer que se trata del final de una era, del final de la «era De Gaulle». El general está en uno de los momentos más bajos de su popularidad. Pero está sostenido por una gran fuerza creada por él mismo a lo largo de años de esfuerzos destructivos: el vacío que le rodea. El no saber quién puede ser su heredero, ni qué fuerzas aflorarían a la superficie el día en que se retirase.